

casez de textos sobre el tema en España. La estructura del libro, a medio camino entre el manual universitario y la obra de colaboraciones, y entre la división temática, geográfica y cronológica, determina bastantes repeticiones, una desigual calidad y una variedad de enfoques académicos (periodismo, sociología, historia) que es positiva, pero que hubiera sido mejor asumir de manera más explícita y sistemática. Porque es ahí donde afloran las carencias no ya de este libro, sino de muchas otras aportaciones de la historia del periodismo: se dan numerosos títulos de cabeceras, nombres de propietarios y otras informaciones muy descriptivas, cuando no anecdóticas, pero falta un análisis político de la relación entre periodismo y liberalismo cuando, como escribe Carlos Barrera, «liberalismo y periodismo llegaron a ser palabras casi sinónimas» (pág. 119). Por ejemplo, se pasa por encima de un hecho tan relevante como fue la publicación del *J'accuse* de Zola,

pese a que señaló el nacimiento del intelectual moderno, al igual que se hace con el caso *Watergate*, símbolo del poder de la prensa en las nuevas democracias, donde a menudo los relevos en el poder ya no se producen por causas políticas, ni mucho menos ideológicas, sino por la denuncia de corrupciones en la gestión pública. Tampoco se profundiza en la importancia de los folletines o novelas por entregas en la literatura popular, ni aspectos sociológicos como el número y tipo de lectores, y la contextualización histórica es insuficiente en algunas ocasiones (por ejemplo en las págs. 105-107 sobre prensa obrera y católica). Podrá decirse que se trata de aspectos marginales respecto al tema central y, sin embargo, son éstos los que hacen grande al periodismo, cuya historia desde ahora dispone de un texto de obligada referencia en español.

JAVIER MUÑOZ SORO

Kari Palonen:

Quentin Skinner: History, Politics, Rhetoric
Polity Press / Blackwell Publishing Ltd.,
Cambridge 2003, 207 pags.

Kari Palonen (Profesor en la Universidad finlandesa de Jyväskylä, teórico él mismo de la política, que viene publicando en los últimos años un buen número de interesantes trabajos) sacaba a la luz muy recientemente *Die Entzauberung der Begriffe* (LIT Verlag, Munich 2004), tentativa comparativa en torno a la aproximación histórica al cambio conceptual emprendida tanto por

Reinhardt Koselleck como por Quentin Skinner; este «*desencantamiento de los conceptos*» no pudo ver en su día la luz en inglés, pero dio al menos como fruto esta otra monografía de carácter más reducido, ceñida solamente a la figura de Quentin Skinner, que la editorial Polity, dentro de la colección de «Pensadores Contemporáneos Clave», nos daba a conocer el año pasado.

Se trata pues de una introducción a la obra de uno de los historiadores políticos más importantes de la actualidad, autor de libros imprescindibles como *The Foundations of Modern Political Thought*, *Machiavelli*, o *Visions of Politics*, que con un marcado perfil multidisciplinar, ha supuesto toda una revolución en el estudio del pensamiento político; el cuerpo de un pensamiento, en fin, que constituye más que una simple innovación metodológica, y que se nos presenta aquí de una manera sorprendentemente clara y precisa (resulta de sencilla lectura, en un inglés muy accesible), que no simplificadora (puesto que sabe sortear precisamente la tan señalada crítica del propio Skinner acerca del 'empeño en la coherencia'), en un doble desarrollo cronológico-temático. Palonen repasa el contenido de sus obras principales en un diálogo siempre abierto al debate con sus contemporáneos (y en el que presta especial atención a los trabajos simultáneos e ideológicamente próximos de autores como Pocock o Koselleck, pero no sólo, puesto que también están presentes sus críticos, o las controversias contraídas con otros pensadores como Habermas), y a la herencia recibida (de Nietzsche cuando afirma que no hay verdades objetivas, sólo interpretaciones, o de la libertad del lector de Sartre, pero sobre todo en lo que concierne a la transformación llevada a cabo sobre las filosofías del lenguaje de Austin y Wittgenstein, dotándolas de significación política y convirtiéndolas en instrumentos para el análisis histórico), con lo que la 'contextualización' del propio pensamiento skinneriano queda sufi-

cientemente trazada (aunque en este punto el trabajo de Palonen muestra algunas particularidades que son quizás lo más cuestionable, como la explícita desvinculación de Skinner del conjunto de la escuela de Cambridge, prácticamente ausente en toda la obra, o la priorización en general de ciertas filiaciones sobre otras, como la de la deuda contraída con la obra de Max Weber —de quien Palonen es precisamente un gran especialista—, en detrimento de otros posibles vínculos, —y aquí quisiera apuntar la falta de Foucault, sospecha que unas muy recientes declaraciones del propio Skinner no hacen sino venir a reforzarme).

En un clima de aumento generalizado del interés académico por la aproximación histórica al pensamiento político, este libro se presenta no sólo como la mejor de las introducciones y explicaciones generales a la obra de un pensador contemporáneo de primera fila como lo es Quentin Skinner, sino que va más allá, abordando cuestiones de interés general para cualquiera que esté preocupado hoy por la escritura de la historia de las ideas políticas.

La 'Revolución Skinneriana':

En la línea de Laslett, quien presentaba en 1960 la aproximación histórica como una alternativa post-filosófica para el estudio del pensamiento político, de Collingwood y su negación de la existencia de 'problemas perennes' en los textos clásicos o de Pocock, que reivindica la historia como 'argumento', la historia se vuelve también en Quentin Skinner instancia crítica, correctivo para el

exceso de coherencia o simplificación del que adolecen comúnmente las 'reconstrucciones racionales' de las interpretaciones filosóficas. Frente a la tradicional consagración de la *vita contemplativa* de la actividad del filósofo *par excellence*, Skinner adopta una perspectiva de *vita activa*, donde el pensamiento político es analizado en tanto que parte intrínseca de la actividad política; a la hora de acercarse al pensamiento de Maquiavelo o de Hobbes, haciendo hincapié en el contexto de la tradición renacentista o de la Reforma, lo 'histórico' se convierte en manos de Skinner en una condición heurística de inteligibilidad del pensamiento y criterio normativo para la valoración de interpretaciones, que frecuentemente añade o descubre en el texto un '*surplus*' de significado a la hora de contrastarlo con el debate ideológico que le rodea, con las convenciones a las que se enfrenta y con las intenciones que alberga.

Una y otra vez sobrevuela la visión perspectivista. «Siguiendo una sugerencia de Wittgenstein, sostengo que no puede darse una historia de ideas unitarias como tal, sino sólo una historia de los distintos usos a los que han servido en manos de diferentes agentes y en diferentes momentos» (pág. 4). Su particular método de aproximación histórica se levanta así frente a toda pretensión de razón objetiva, el mito del progreso o la sacralización de la verdad: puesto que siempre es posible argumentar en contra incluso de las teorías o concepciones más sólidamente establecidas, así como cuestionar los gobiernos y leyes más firmemente asentados (y de ahí su potencial subversivo). Siempre son posibles —y deseables— di-

ferentes perspectivas para el estudio de un «mismo» fenómeno, la escritura de la historia es «una historia de construcciones, revisiones y disoluciones de perspectivas», donde «the importance of truth (...) has been exaggerated...» (1-2). El énfasis de la investigación se desliza así del contenido al argumento, de los pensamientos sobre política al 'pensar de manera política', y todo en un intento de aproximación de la historia intelectual a la 'historia real'.

Para ello Quentin Skinner ha practicado todas las 'estrategias de reescritura de la historia' apuntadas ya por Koselleck: el uso de nuevas fuentes (privilegiadas sobre las fuentes canónicas), nuevos modos de lectura de las mismas, así como nuevas perspectivas de interpretación. Complementariamente, lleva a cabo una 'crítica de las mitologías' que con tanta frecuencia campan a sus anchas en nuestros textos historiográficos, entendiendo por éstas la proyección de las propias expectativas en la obra de autores pasados, es decir la tendencia a juzgar textos y autores del pasado en términos de una supuesta 'significación retrospectiva', y que él cifra en cuatro casos: la determinación de la doctrina, de la búsqueda de coherencia, el 'parroquialismo' que con frecuencia nos hace percibir el pasado, lleno de 'referencias aparentes', con demasiada familiaridad, y especialmente el preocupante caso de la *prolepsis*, esto es, la combinación necesariamente asimétrica entre la significación que puede reclamar un observador y el propio significado en sí del hecho mismo (a pesar de que, ante semejante alerta skinneriana, no ha faltado por el

contrario quien reclame el 'derecho al anacronismo').

En la creencia de que una historia de las ideas que pretenda aprender el significado 'real' de esa vida política debería consistir más en la singularización del uso de las palabras o proposiciones en relación con los agentes, las situaciones y las intenciones, Quentin Skinner ha recurrido magistralmente a la adaptación de teorías del lenguaje como el '*Speech act*' o la '*Linguistic action*', que aplicadas históricamente se vuelven necesariamente políticas, puesto que las proposiciones, en situaciones controvertidas, resultan siempre argumentaciones a favor o en contra de algo, intentos de legitimación de la propia postura o de persuasión del auditorio para que actúe en un determinado sentido, todo lo cual constituyen fines políticos. El análisis del lenguaje de Skinner se ve enriquecido además por la tradición de la historia de los conceptos o los estudios clásicos de retórica, a los que se ha entregado especialmente en los últimos tiempos (y que incluyen extensas descripciones de la retórica romana y renacentista, a través de detalladas disecciones de los tropos del lenguaje, destacando la atención prestada a la ironía y la risa, como armas políticas en el discurso). En cuanto a la historia de los conceptos se refiere, Skinner aborda también el cambio conceptual siempre desde la perspectiva de la acción: los conceptos no se hallan entonces reducidos a su significado, sino que por el contrario, la dimensión significativa del concepto está siempre unida al acto lingüístico, en forma de movimientos o actuaciones en la controversia, y es clave en la lucha

política (porque no sólo significan, también son instrumentos). Skinner mantiene en este sentido una visión conceptual bastante próxima al *Begriffsgeschichte* de Koselleck, y para él los conceptos no se presentan a la interpretación de manera aislada, sino en tanto que ejes centrales del discurso, insertos en una red de interdependencia y de «holismo semántico». Excelente muestra (y que en este libro se desarrollan ampliamente) son los análisis que de la historia del concepto de Estado y del concepto de Libertad (noción clave en nuestra teoría política y cuyo análisis clásico de 'positiva' y 'negativa' él sabe enriquecer y superar) ha llevado a cabo.

Palonen sostiene pues que el camino que emprende la investigación histórica de Quentin Skinner en el contexto de la teoría de la acción lingüística implica una inherente lectura política de la historia del pensamiento: al tratar de recuperar la autocomprensión del agente, su perspectiva, su *intención*, convertimos la investigación histórica en un acto político. Palonen se refiere en varias ocasiones a la '*revolución skinneriana*', entendiéndola por ésta la inversión de la perspectiva en el estudio del pensamiento político, que va de la tradicional aplicación del pensamiento a las cuestiones políticas, a pasar a considerar la actividad del pensamiento como una dimensión más de la política, el pensamiento como una acción política en sí; he ahí donde residiría la ruptura decisiva. Nos presenta así el perfil de Quentin Skinner como el de un autor que, con su peculiar manera de hacer historia de la teoría política, ha llegado a convertirse él mismo en un teórico político de pri-

mer orden («Como todo buen historiador, Quentin Skinner es más que un historiador»), para el que el presente es el momento primordial de la historia.

La historización de los usos marca como hemos visto una discontinuidad entre las ideas, concebidas como acciones («*movements*») de los agentes. La singularización politiza además el cambio intelectual y conceptual, en tanto que en toda situación política hay siempre una pluralidad de agentes compitiendo entre ellos y luchando por específicos repartos del poder. Este énfasis en la discontinuidad mira al pasado con distancia y deliberado extrañamiento, y considera el presente un subproducto contingente y frágil de las luchas pasadas. La revisión histórica sirve todavía, pues, como instancia potencialmente subversiva que viene a des-

tronar algo que ha sido asimilado hasta el momento como 'dato'; su recuperación del pasado (de los tesoros perdidos que esconde el pasado, pues también presta atención, en el marco de interpretación de la contingencia, a esos 'perdedores de la historia' que cayeron en el olvido, oponiéndose a la frecuente legitimación de la facticidad como un valor en sí) sirve para ampliar el espacio de experiencia disponible para los agentes del presente, enriquece inmensamente nuestro horizonte de posibilidades y nos hace más libres: y es que «la historia bien puede servirnos como terapia: sólo regresando a los momentos históricos en los que se fraguaron nuestros espejismos epistemológicos podremos liberarnos de su cepo» (pág. 141).

NERE BASABE